

se habian prometido; que muy pocos se trabajan seriamente en el plan de reforma que se habian proyectado; que una muerte repentina se burla de todos los buenos pensamientos, y que muchos que habian sido llamados por misericordia, é invitados, y aun instados por la gracia, son desechados por justicia.

Dios mio, grabad esta verdad en nuestros corazones, para que ella nos enseñe á conocer el espíritu de nuestra vocacion, á estimarla como es debido, y á prevenir los abusos en que podemos incurrir. Señor, que no pasemos nunca de la mano de vuestra misericordia á la de vuestra justicia. Aunque sea limitado el número de vuestros escogidos, sabemos que vuestra bondad no tiene límites. Postrados, Dios mio, á vuestros pies, reclamamos humildemente esta bondad, la deseamos con ardor, y la esperamos llenos de confianza. Haced, Señor, que la experimentemos en la tierra, y que la gocemos en el cielo por toda una eternidad. Así sea.

DOMINGO XX.

DESPUES
DE PENTECOSTES.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO Á LOS EPHESIOS.

cap. 5. v. 15. 21.

Hermanos: Mirad que andeis avisadamente: no como necios, mas como sabios: redimiendo el tiempo; porque los dias son malos. Por tanto no seais indiscretos; mas entended cuál es la voluntad de Dios. Y no os entregueis con exceso al vino, en el que hay luxuria: mas llenaos de Espíritu Santo, hablando entre vosotros mismos en Psalmos, y en Hymnos, y canciones espirituales, cantando y loando al Señor en vuestros corazones, dando siempre gracias al Dios y Padre por todo en el nombre de nuestro Señor Jesu-Christo. Sometidos los unos á los otros en temor de Christo.

INSTRUCCION.

¿Qué distinto, hermanos míos, es el carácter del justo al del impío! El Apóstol San Pablo nos hace conocer la diferencia de estos dos caracteres en las lecciones que da hoy á los Ephesios, como asimismo el peligro que corre todo el que se dexa llevar de las sensaciones de los vicios; y mientras que los malos, llenos de orgullo, se lisongean de ser los únicos sabios en la tierra, y tienen por locos á todos los que huyen y detestan sus máximas y sus diversiones, nos da una idea evidente y cierta de la verdadera sabiduría, y de los que merecen con justicia tener el nombre de sabios en la tierra. ¿Habeis gustado vosotros, hermanos míos, esta sabiduría admirable que nace de Dios? ¿Apartais el oído de los consejos insensatos de los pecadores? ¿Estimais, como es justo, el tiempo que os concede para vuestra salvacion? ¿Temeis los peligros que os rodean, y que turban la paz de vuestros días? ¿Os ocupais sobre todo en

despues de Pentecostes. 179

aquellas obras santas y edificantes, que pueden llenar todos vuestros instantes de una manera útil? ¿Jesu-Christo es la regla, el modelo, el principio y el fin de vuestras acciones? Si quereis oirme, hermanos míos, con atencion, respondereis con facilidad á todas estas preguntas, porque todos estos deberes están contenidos en la Epístola de este día: pedid á Dios que me dé sus luces, y á vosotros la gracia de aprovechar verdades tan importantes.

Que la prudencia sea una gran virtud, no debemos dudarla, quando el Apóstol la recomienda á los primeros fieles como uno de los medios mas poderosos de santificacion. Mirad, dice, que andeis avisadamente: no como necios. En estas palabras no recomienda esa prudencia de la carne, esa maña y esa política refinada, que para alcanzar sus fines trama sordamente proyectos, se vale del disfraz y la mentira, causando la ruina y el detrimento del próximo. Esta prudencia es la de los hijos del siglo, la qual, aunque es mas diestra en sus operaciones que la de los hijos de la luz, es muy diferente sin embargo por los efectos que produce.

La prudencia que nos recomienda el Apóstol es aquella de que se hace tantas veces mencion en los Libros santos, que consiste en observar con todo cuidado los pensamientos, porque Dios es el escrutador de los corazones; en observar las palabras, porque la lengua que rompe la barrera de la circunspeccion, es el origen de un diluvio de males; en observar las acciones, porque el motivo que las determina, establece su justicia ó iniquidad; en juzgar finalmente los deseos, porque la voluntad santa é irreprensible no puede nacer de ninguna manera de nuestra corrupcion. Por esta causa se nos recomienda con frecuencia en las divinas Escrituras la vigilancia y el temor; y hoy precisamente nos recomienda esto mismo el Apóstol, quando nos dice que andemos avisadamente: no como necios. Esta sola comparacion del Apóstol debería despertar á todos los que viven como unos insensatos, sin fe, sin ley, sin religion y sin costumbres. En efecto, un hombre privado del uso de su razon obra, habla y corre sin poderse dar cuenta á sí mismo del objeto de sus acciones y

de sus palabras; y quando su espíritu llega á enardecerse, busca el peligro, y se precipita en él con indiscreto furor. Este es, hermanos míos, el retrato de todos los que andan por los caminos de la perdicion y del pecado. Si es verdad que ni temeis, ni creéis, cosa que no puedo presumirme; si es posible que los remordimientos de vuestra conciencia se hayan apagado enteramente, y que la antorcha de la fe esté dando los últimos resplandores; en una palabra, si sois del número de esos hombres de quienes habla la sagrada Escritura, que dicen con seguridad bebamos y comamos; entreguémonos á los deseos de nuestro corazon; mañana moriremos, y entónces ya no podremos gozar de cosa alguna, sois ciertamente unos insensatos. La Escritura os ha dado este nombre, y vuestra conducta lo prueba así. Vosotros, á la manera de un hombre privado de razon, no sabeis ni de donde venis, ni adonde vais: vuestra vida es un círculo fastidioso de placeres que nunca os satisfacen, y de trabajos que de nada os sirven: en fin, sois del número de esas personas, que reducidas

al estado de imbecilidad, apenas pueden dar un paso, ni sostenerse en pie; pero si la conciencia no ha llegado todavía á extinguir su voz; si la impresión inevitable del temor de los juicios de Dios inquieta algun tanto vuestro corazon; si á pesar de las máximas de los incrédulos estais persuadidos de que hay una eternidad; y si con desprecio de estos conocimientos seguís constantemente el camino de vuestras pasiones, entónces podeis decir que os precipitais en el abismo, y sois no solamente insensatos, sino frenéticos, que buscan el peligro, y se entregan á él con un ímpetu inconcebible. Pero ¿por qué habeis de seguir, hermanos míos, esta ruta peligrosa, quando el Apóstol os recomienda que camineis como hombres sabios, es decir, como hombres que saben lo que hacen; que conocen de donde vienen y adonde van; que están seguros con el testimonio de su conciencia; que nunca se arrepienten de las buenas obras que han hecho, y que entreveen como el Apóstol por la fe la corona de justicia que el justo Juez reserva para premiar su perseverancia, si tienen la dicha de consumir

su carrera, y terminar felizmente sus combates? Estos hombres son verdaderos sabios, porque caminan hácia un objeto seguro; y aun quando este objeto fuese incierto, como lo dicen los incrédulos, ellos caminan sobre la fe de los hombres mas ilustrados de todos los siglos por unas sendas que han sido trazadas desde el principio por nuestros padres, las cuales no han podido destruir enteramente los malos á pesar de todos sus esfuerzos. Muy al contrario sucede con los que no creen, ó viven de una manera opuesta á la fe. Ellos no se apoyan sino sobre razonamientos sin principios; carecen de guias autorizadas, y prefieren vergonzosamente sus luces á la revelacion; el error de su siglo á la Ley de todos los tiempos; y el testimonio de algunos espíritus fuertes á la enseñanza de los mas santos y sabios Doctores de la Iglesia.

¡Ah, hermanos míos! sigamos el consejo del Apóstol, y andemos como sabios redimiendo el tiempo, porque los dias son malos. La opinion comun tiene por tales aquellos en que sobreviene una esterilidad, ó la carestía de

alimentos, ó la disminucion sensible de los fondos públicos; aquellos en que se aumentan las cargas del estado, y consiguientemente la dificultad de aumentar las fortunas, ó de conservar los bienes adquiridos; aquellos en que para recoger el fruto de los trabajos, ó el salario de los servicios, es preciso padecer mil contratiempos, sufrir desayres, y exponerse al desprecio de los mismos que en su tiempo han recibido no pocos beneficios; pero no son estos dias malos de los que habla el Apóstol. Comparad vuestro estado con el de tantos infelices que viven sumergidos en la mayor miseria y abatimiento. ¿Qué podeis responder al Señor, quando os haga cargo de vuestra dureza con vuestros hermanos, para quienes los tiempos son mucho mas miserables que para vosotros? Los dias á la verdad son malos principalmente en este siglo, en que la mano de Dios se dexa caer tan visiblemente sobre nosotros; pero no entendais por tales los de las afflicciones y los trabajos, sino aquellos que passais en los pecados. No siento, no, las pérdidas sensibles que experimentais en vuestros bienes, sino la debi-

lidad notable de vuestra fe, y la total frialdad de vuestra caridad. La avaricia y la codicia os dicen sin cesar que ahorreis, que endurezcais vuestros corazones, y que guardéis para un tiempo incierto, porque los dias son malos; pero yo por el contrario os digo con el Apóstol: redimid el tiempo. Si, redimidle con santas obras, que ocupen el lugar de esas diversiones y pasatiempos frívolos que han llenado vuestros dias; redimidle con obras de justicia, que reparen las rapiñas, las violencias y las ganancias usurarias que os han enriquecido á expensas del próximo; redimid con obras edificantes tantos escándalos como habeis dado á vuestra familia, á vuestros hijos y á toda una ciudad; redimid con obras de penitencia esa sensualidad, esos placeres ilícitos, los juegos, las diversiones, las comodidades de que habeis gozado; en fin, redimid con limosnas abundantes, prudentes y sabias esa muchedumbre de pecados, que son el efecto del orgullo, de la ambicion, de la codicia, y de todas las demas pasiones que hasta de presente han hecho vuestros dias tan malos á los ojos de Dios.

El lenguaje de los justos y de los pecadores se conforma en decir que los dias son malos ; pero los unos se quejan de la administracion de sus tesoros , y los otros lloran la multitud de sus pecados. El Apóstol por tanto dice á todos los fieles : no seais indiscretos ; mas entended qual es la voluntad de Dios.

Importa mucho , hermanos mios , adquirir este conocimiento. Así el estudio de la religion , la concurrencia á nuestros templos para oír las verdades eternas , y la lectura de los libros piadosos , son todas obras dictadas por la prudencia. ¿ Qué diré de esos jóvenes que tanto desprecian el estudio de las verdades de la salvacion ? ¿ Qué diré de esos padres que tanto abandonan la educacion de su familia ? ¿ Qué diré de vuestra locura y extravagancia , quando preferis los entretenimientos á la palabra de Dios , quando pasais semanas enteras sin abrir un libro devoto , quando dexais de asistir al templo por atender á negocios de poca monta ? ¿ No sois todos indiscretos ? ¿ Direis que estudiais la voluntad de Dios ? ¿ Qué distantes es-

tán de la prudencia que recomienda el Apóstol esos Christianos que se entregan con exceso al vino y á la gula , que hacen un Dios de su vientre , y que llevan á la oracion un espíritu embotado en una vida toda sensual ! ¿ Podrán estos ser prudentes sin vigilancia ? ¿ Podrán velar quando se llega á extinguir la antorcha de la razon , la qual encendida por la de la fe , nos alumbraba para caminar con paso firme ? ¿ De semejante costumbre no resultarán los efectos mas lastimosos ? De aquí nace la luxuria , dice el Apóstol ; es decir , los mas vergonzosos crímenes. Tened , presente , hermanos mios , que la embriaguez camina siempre de union con este detestable vicio. Una vez introducidas estas dos pasiones en el corazon , se requieren increíbles esfuerzos para desarraigárlas ; y á la verdad las conversiones son muy raras. Sin embargo , no seria difícil conseguir este buen efecto siguiendo con exáctitud el consejo del Apóstol ; mas llenaos de Espíritu Santo ; es decir , huid de todos esos gustos que habian arrojado de vuestros corazones á este espíritu : separaos de las compañías que os arrastraban á la di-

sipacion y al placer: arreglad vuestra vida, y formaos un sistema de moderacion y de parsimonia en la satisfaccion de vuestras necesidades: arrojad sobre todo de vuestra imaginacion las pinturas obscenas que se han formado muchas veces con el auxilio de los vapores del vino: hablad entre vosotros mismos en psalmos, en hymnos y en canciones espirituales, cantando y loando al Señor en vuestros corazones: las horas que hasta aquí habeis gastado en los lugares donde reinaba la intemperancia y los excesos, ocupadlas en los oficios divinos: santificad una lengua que tantas veces se ha manchado con palabras equívocas, con discursos imprudentes, y canciones obscenas: animaos á dar siempre gracias al Dios y Padre por todo en nombre de nuestro Señor Jesu-Christo, y borrad con estas impresiones tantas inyectivas é injurias que por lo regular vomita un corazon embrutecido con el exceso del vino: en fin, para reparar completamente esa loca alegría, esa imbecil seguridad, y esa criminal satisfaccion que experimentan los esclavos de esta pasion vergonzosa, es in-

dispensable adoptar el último consejo que nos da el Apóstol por estas palabras: Sometidos los unos á los otros en temor de Christo, es decir, que aquel que por desgracia ha contraido esta costumbre, debe escoger un director ilustrado, y entregarse á él con toda confianza, siguiendo con exactitud escrupulosa los medios que le indique para romper sus cadenas; y sujetándose en un todo á sus consejos, como si los diese inmediatamente la Sabiduría Eterna. Estos medios, hermanos míos, son con efecto muy poderosos para vencer una inclinacion casi indomable; pero no hablo solo con los esclavos del vino, sino con todos los pecadores de qualquier naturaleza que sean sus costumbres.

Hablad vos mismo, Dios mio, á su corazon con aquella voz fuerte y poderosa que resucita á los muertos, y los saca del sepulcro. Hacedles entender que ese letargo profundo, que produce el vicio de la intemperancia, y qualquiera otra costumbre criminal, está muy cerca de la muerte. Señor, que oigan vuestra voz; que gusten de las lecciones de vuestra sabiduría; que

190 *Domingo XX.*
anden en los caminos de la prudencia,
y que lleguen al término que prometeis
á la penitencia verdadera, en la eter-
na bienaventuranza. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 4. v. 46. 53.

En aquellos dias: Habia en Capharnaum un señor de la Corte, cuyo hijo estaba enfermo. Este habiendo oido, que Jesus venia de la Judéa á la Galiléa, fué á él, y le rogaba, que descendiese, y sanase á su hijo: porque se estaba muriendo. Y Jesus le dixo: Si no viereis milagros y prodigios, no creéis. El de la Corte le dixo: Señor, ven ántes que muera mi hijo. Jesus le dixo: Vé, que tu hijo vive. Creyó el hombre á la palabra, que le dixo Jesus, y se fué. Y quando se volvia, saliéron á él sus criados, y le diéron nuevas, diciendo, que su hijo vivia. Y les preguntó la hora, en que habia comenzado á mejorar. Y le dixéron:

despues de Pentecostes. 191
Ayer á las siete le dexó la fiebre.
Y entendió entónces el padre, que era la misma hora, en que Jesus le dixo: Tu hijo vive: y creyó él, y toda su casa.

INSTRUCCION.

Todos los pasos de Jesu-Christo están señalados, hermanos míos, con prodigios, y todos estos prodigios son otras tantas lecciones. La conducta de los que vienen á implorar su socorro; la que el Señor tiene para con ellos; las súplicas que le hacen, y las reprehensiones, las amenazas, ó los consejos que les dirige, todo lleva un carácter de instruccion que no puede desconocer un corazon simple y dócil. ¡Qué moral tan importante la que contiene el Evangelio de este dia! ¡Qué leccion tan propia para afirmar nuestra creencia, para arreglar nuestra confianza, y excitar nuestro reconocimiento! El santo Evangelio nos ofrece en diferentes lugares muchas curaciones milagrosas; pero las circunstancias de

ésta son dignas de toda nuestra atención ; porque nos manifiestan las enfermedades que en el orden espiritual pueden excitar con preferencia nuestros sentimientos , el modo de interesar al Señor en su alivio , y la correspondencia que exige de nuestra parte su atención misericordiosa : prestadme atención.

Si Jesu-Christo hubiera sido capaz de acepción de personas , no había un suceso que pudiese interesarle mas que el que nos refiere el Evangelio de este dia. El que viene á él es uno de los Magnates de la corte del Rey Herodes ; y la súplica que le hace es la mas expresiva , como nacida de un padre que amaba tiernamente la vida de su hijo. Esta súplica se funda sobre las noticias que ha tenido del poder de Jesu-Christo ; y la enfermedad de su hijo era tan grave que ya no daba espera. Todas estas consideraciones no son sin embargo poderosas para determinar á este Señor , á quien nada le costaban los milagros , y que en diferentes ocasiones habia correspondido al deseo de los que le invocaban , á la fe de un leproso , y á la confianza

de los que imploraban su socorro en todas sus aflicciones. Jesu-Christo en efecto no responde á la súplica de este cortesano sino con una reprehension ; pero veamos qual podia ser la causa de esta indiferencia , y quales eran los defectos de esta súplica , para que aprendamos á rectificar las nuestras. Este hombre no piensa en Jesu-Christo sino quando se vé afligido por la enfermedad de su hijo ; entónces se determina á dexar el tumulto y la disipacion de la corte , aunque no espera sino un consuelo temporal. Este es un defecto , hermanos míos , bastante comun entre nosotros : miéntras estamos libres de agitaciones y miserias , vivimos alegres entre los placeres del mundo , y jamas volvemos los ojos á Dios para pedir misericordia ; pero si nos sobreviene un contratiempo , ó una enfermedad nos pone á las puertas de la muerte , al instantè fatigamos al cielo con oraciones , hacemos mil promesas , y protestamos tener en adelante una vida piadosa y christiana ; pero salimos del paso , recobramos la salud , se restablece la tranquilidad de nuestro corazon , y de repente olvidamos aquellos bue-

nos propósitos, nos entregamos otra vez á la disipacion y á las diversiones, y apenas pensamos en pagar el tributo de la oracion que la religion nos impone.

Este hombre, ántes de llegar á Jesu-Christo para solicitar la curacion de su hijo, tenia sin duda apurado todo el arte de la medicina; pero sin efecto alguno, porque la enfermedad habia hecho ya un progreso tan rápido que le tenia á punto de morir. No reconocemos en la conducta de este Padre la de una gran parte de los Christianos? Los padres, los esposos, los amigos, ante todas cosas buscan los auxilios del arte; y quando ven que ya el enfermo está desahuciado, entónces á toda prisa llaman á los Ministros del Evangelio para que les dispensen sus socorros, pensando que tal vez por este medio lograrán la salud temporal. No quisiera, hermanos mios, extenderme demasiado sobre esta idea; pero como ella es tan importante, no llevareis á mal que me inculque algun tanto sobre la conducta que se observa en estos casos. Se manifiesta una enfermedad, y los primeros síntomas no dan el mayor cuidado; pero como ella tiene sus trámites,

vá poco á poco manifestando su gravedad. Los Médicos, con el fin de no exâsperar al enfermo, y traer ácia sí toda su confianza, le pintan su mal con unos colores alhagüenos, y le persuaden que tranquilice su ánimo, porque muy en breve verá restablecida su salud; sin embargo el mal resiste á los primeros remedios, y de aquí nace la necesidad de multiplicarlos; y como no producen efecto alguno, el Médico, que por una parte reconoce su insuficiencia, y que por otra quiere contemplar la familia, propone que se convoque una junta de facultativos de crédito: en efecto se citan los que elige, que por lo regular són de su confianza; estos reconocen el enfermo, y hallan que desde el principio se ha errado la cura: entónces se disponen los remedios que se juzgan convenientes para reparar las faltas que se han cometido en los primeros instantes; pero ya no producen efecto, porque la enfermedad ha llegado á tomar todo su ascendiente: en este fatal y desesperado caso una madre tierna, una esposa fiel, un hijo reconocido, se llenan de tristeza, lloran amargamente,

y conocen la necesidad de que los Ministros de la Iglesia vengan á traer los socorros espirituales; sin embargo no atreviéndose á dar por sí mismos esta noticia al enfermo, se valen de los amigos y de las personas de respeto para que tomen sobre sí este cargo; pero inmediatamente se presentan nuevos inconvenientes: los amigos tomen darle este susto, y como por otra parte le consideran fatigado con los remedios, van dilatando quanto pueden la noticia; pero llega el caso en que ya no caben dilaciones, los Médicos han apurado todo su arte, los remedios han sido enteramente inútiles, las señales precursoras de la muerte se van manifestando, el enfermo va perdiendo los sentidos; y este es el caso en que se llama á la Iglesia. ¡Pero qué desgracia! los Ministros se encuentran con unos hombres en quienes el alma apenas exerce sus funciones, les hablan, les gritan; pero ya no les responden sino con señales equívocas ó con palabras extenuadas: en este caso ya no se trata de confesion, porque hay una impotencia absoluta, y la materia de una absolucion suele ser una mirada,

una palabra balvuciente, ó qualquiera otra demostracion de dolor, que apenas se dexa sentir en el alma. ¡Ay de aquellos que ni aun siquiera pueden hacer ya esta demostracion! ¿Podremos, hermanos míos, prometernos muchas esperanzas con semejantes disposiciones? Temblad, Christianos, al considerar un estado tan triste. Si os amaís los unos á los otros, procuraos los socorros espirituales en tiempo oportuno: alejad á mucha distancia los temores de hacer mas grave la enfermedad con la noticia de la muerte, porque si ésta viene quando no estais prevenidos, ó quando los sentidos y la razon no exercen sus funciones, será muy incierta, ó por mejor decir, desesperada vuestra suerte. Si acaso de repente os veis rodeados de los tormentos eternos, ¿tendreis algun recurso á las personas que por un exceso de amor y de compasion han sido en alguna manera la causa de vuestra desgracia? Hermanos míos, fixad toda vuestra atencion sobre este punto. Si Dios, por su misericordia os aflige con enfermedades, ante todas cosas llamad á los Ministros de la reconciliacion, y por este

medio tranquilizareis el espíritu, y evitaredes tal vez la muerte eterna: las personas de vuestro cariño sienten perdidos y verse privados de los auxilios y consuelos que les suministráis; y esta sin duda es la causa, porque no quieren daros á conocer el peligro, pensando que con semejante conducta podrán evitarle; pero vosotros considerad que tenéis un alma, y que estais obligados á mirar por ella. ¡ Ah! Traed á la memoria el riesgo que corre, y la felicidad á que puede aspirar; y entónces ni la privacion de las cosas mas queridas, ni los dolores, ni la consideracion de una muerte pronta serán motivos para suspender ni por un momento la reconciliacion con vuestro Dios.

— Pero la salud de su hijo no fué el único motivo que tuvo el cortesano para venir á Jesu-Christo, sino la fama de sus milagros; y así este Divino Salvador le reprehende, y le dice: si no viereis milagros y prodigios, no creéis. La pureza de la doctrina del Salvador era poderosa sin duda para atraer la atencion de este hombre; pero mientras no se ve agitado de una necesi-

dad temporal, no se mueve por los milagros que cuentan en Capharnaum.

¿ No es tambien, hermanos míos, el interes quien nos mueve en las cosas de la religion? No hablo aquí de ese interes tan legítimo que tiene todo Christiano en obedecer los preceptos de la ley con la esperanza de disfrutar la posesion de Dios mismo. Hablo de ese interes de estado, de amor propio, de sociedad y de respeto humano; el qual hace que se unan muchas veces los Christianos para practicar la virtud. La fe de este hombre del Evangelio hubiera sido infructuosa, si se hubiera movido por semejantes causas; pero la ignorancia y la disipacion que son consiguientes á su estado, le sirven en alguna manera de excusa, y su prontitud en creer, y su solicitud en pedir empiezan á reparar sus defectos. Jesu-Christo le reprehende, se confunde y guarda un profundo silencio; pero no por esto pierde de vista el objeto de su súplica: Señor, le dixo, ven ántes que muera mi hijo. Su fe se forma por grados, y aunque cree en Jesu-Christo, no piensa que el que tiene poder para mandar á la naturaleza, puede tam-

bien tenerlo para mandar á la muerte.

Este hijo constituido en un peligro tan grave es la figura de una alma justa; pero débil, agitada de tentaciones violentas, y expuesta á perecer á cada momento. ¡Ah! Qué importante sería que el Christiano dixe-se á Dios, Señor, ven ántes que muera mi alma en el pecado: tu socorro sería mas lento y mas difícil, si tuviese la desgracia de dexarme seducir; pero confío que no me rehusarás el alivio quando penetrado de mi miseria, grite á tí desde mi enfermedad.

Jesu-Christo pudiera muy bien hacer á este hombre muchos cargos; pero considerando que le habia dicho lo bastante para instruirle, trata solamente de moverle, y le dice: vé, que tu hijo vive. No es posible, hermanos míos, hallar mayores consuelos en tan pocas palabras. Este hombre no esperaba una curacion tan pronta y perfecta, sino que Jesu-Christo viniese á su casa á punto quizá de que su hijo fuese la víctima de la tardanza; pero el Salvador no espera ni un instante para obrar el prodigio que pide, y con una sola palabra ilustra su fe y la

nuestra, enseñándole el espíritu y las qualidades de la oracion. La de este cortesano es eficaz, porque es viva, porque es humilde, porque es perseverante. Creyó en efecto á la palabra que le dixo Jesus, y quando se volvía, saliéron á él sus criados, y le diéron nuevas diciendo que su hijo vivía, y preguntándoles la hora en que habia comenzado á mejorar, le dixéron: ayer á las siete le dexó la fiebre. Y entendió entónces el padre que era la misma hora en que Jesus le dixo: tu hijo vive, y creyó él, y toda su casa.

El reconocimiento, hermanos míos, no es una virtud infructuosa y estéril en la religion; pero es muy raro en estos dias tristes. En efecto ¿en dónde está el zelo para aumentar la piedad, é inspirar el amor de la justicia? ¿en dónde están los corazones verdaderamente penetrados de las gracias que han recibido, y que saben ser fieles para manifestar su gratitud? ¿No es esta una materia sobre la qual nos hará el Señor terribles cargos en su día? ¿No deberian los Christianos humillarse y anonadarse al considerar los beneficios

que han recibido de su mano poderosa? ¿Qué importa pertenecer á la fe, aborrecer el pecado, y amar la virtud, huir las tentaciones, y aprovecharse de los buenos exemplos, de las conversaciones y lecturas piadosas, si todo queda en este primer sentimiento? ¿No hay otro por ventura que deberia inspirarnos el reconocimiento? No sería justo ser sensibles á las desgracias de aquellos, que la ocasion ó la inclinacion arrastran á un camino enteramente opuesto á la virtud; trabajar con oraciones, despues con invitaciones, y con todos los demas medios que puede suministrar el zelo y la piedad para traer al rebaño á todos los que se han separado? No, hermanos míos: la mayor parte de los justos no cumplen con decir que han creído, que han amado, y que han practicado: ellos no habrán cumplido con la justicia, sino quando pueda decirse que la fe, la piedad y la caridad de sus amigos, de sus mayores, y en general de todos los que tienen baxo su dependencia, son los frutos de su reconocimiento y de su zelo. ¡Qué dichosa es una familia quando se le puede dar este testimonio! ¡Qué

preciosa á la religion, quando la piedad y la fe son su posesion mas rica, y su principal herencia! Los avisos y los exemplos de un padre religioso, de una madre sabia y virtuosa tienen muy poderosa influencia sobre el corazon de los hijos y de los domésticos. Si hay algunas desgraciadas excepciones de esta regla general; si algunos hijos producen los frutos del vicio y del libertinage, aunque hayan vivido siempre en el seno de una familia honrada y christiana; si por un secreto juicio de Dios los padres mas vigilantes y timoratos tienen la desgracia de ver delante de sí unos hijos inclinados á todo género de excesos, se puede decir, que estos exemplos son raros, y que por lo comun Dios concede bendiciones abundantes á una educacion que se funda en la religion.

Dios mio, mirad con ojos de misericordia todas las familias que componen esta Parroquia, ó por mejor decir, mirad á todos los fieles que nuestro culto ha reunido en este templo, como una sola familia, de quien sois el Padre: haced, Señor, que la fe les illustre; que la esperanza les sostenga;